

Sugerencias de una España sugestiva

MIGUEL ESCUDERO*

Más allá de los méritos concretos que pueda reunir, la *Encyclopédie Francaise* ha sido blindada hasta nuestros días con un respeto reverencial, que, como todos, es deplorable. Ante su fachada, provista de la aureola de competencia y progresismo, sólo se ha permitido un canje: discrepar a cambio de declararse, o ser declarado, ultramontano o reaccionario. A modo catequético hay en sus páginas una pregunta que nos afecta directamente: *¿Qué debe la civilización a España?* La respuesta correcta es "Nada". Claro está que huelgan comentarios. Lejos de ser declarada tierra de misión, España fue desahuciada para poder recibir la luz.

Ferrater Mora, quién vivió fuera de España la mayor parte de su vida y que quizá experimentó que *allá* ser español era "ser algo ridículo", reitera en su libro postumo que "España cuenta hoy poco. En todo caso, menos de lo que merece contar". Pero los españoles de nuestro tiempo, hemos estado marcados por esa maldición de país feroz, situado en las antípodas de la feracidad. De la España de su adolescencia ha dicho el director de cine José Luis Garci que: "controlaba entusiasmos y comida, que *rationaba* sentimientos", "España era *un país viudo*, viudo solitario, viudo falto de aseo, viudo taciturno, viudo que ha sobrevivido a un matrimonio confuso y *que apenas tiene relación con sus hijos*". Y hace cinco años, el cantautor Lluís Llach hablaba

de "olvidar la España del *túnel*, basada por principio en la incomprensión, en la dictadura, en la insolidaridad y en el filibusterismo político" y sustituirla por una España ideal, que *podría ser un proyecto fantástico*. "Si no pasa por ahí, proseguía, este país seguirá siendo *la madre que se come a sus hijos*". Asimismo, la consecuencia de rebelarse contra el intento de educar en el amor a España desde una perspectiva *grotescamente triunfalista* "no podía ser otra —ha escrito en uno de sus ensayos el autor de *Corazón tan blanco*— que un virulento desprecio no ya hacia esa España cotidiana y mediocre, sino hacia todo el español, pasado, presente y casi futuro".

En *España como preocupación* (una antología de textos con *su perfil coherente y su trayectoria*), Dolores Franco recoge el lamento de Baroja porque nuestra juventud careciera de un sentimiento patriótico *natural, biológico*, a causa del "abuso hecho por los políticos de la retórica patriótica, que les servía de capa para cubrir sus insensataces". Ahora bien, siempre hay que contar con las mil y una formas que adopta la manipulación embaucadora de las emociones, la poesía *mistificada*. Tal como Santob escribió en sus *Proverbios morales*:

*Por que jamás no pudo
Ser mundo sin so[^] obras.*

(Del rabino Don Sem Tob, nacido el siglo XIV en la localidad palentina de Carrión de los Condes, dijo Claudio Sánchez-Albornoz que era "nuestro primer intelectual puro" y Juan Luis Alborg, tras mencionar que introdujo la poesía gnómica o sentenciosa tan peculiar de la literatura hebrea, lo *distingue* como poeta filósofo).

Cultura, para Ortega, es el "lugar donde podemos trasladar nuestras entrañas", y es un "aprovechamiento de inconvenientes". Por eso

el exceso de facilidades y de riqueza acaba por hacernos perder el *equilibrio* y *embarrancar*. El hombre no puede ser demasiado rico, debe *conformarse* con ser decente; *quod decet* es etimológicamente: lo que conviene o está bien; por su parte, ser procede de *sedere*: estar sentado, y poseer viene *áepossidere*: poder sentarse. Así pues, la cultura debe converger en *enracia*: Poseerse a sí mismo para que sea *nuestro* el lugar donde nos sentamos. Sólo así podremos salir de los "estados de error".

Advierte Julián Marías en su *España inteligible* que las formas exaltadoras de lo español, las que consideran antipatriótica toda crítica y no admiten duda sobre la "grandeza" de España, han sido las que han llevado a cabo con mayor insistencia la descalificación de casi todo lo valioso que ha producido nuestro país. En este libro ha buscado deshacer con intelección e *imaginación concreta* el mito de una España anormal, fanática, violenta, desalmada, casi siempre analizada bajo una óptica inapropiada. Siempre fue vista España desde fuera como una unidad, antes que desde dentro. La romanización hizo de los hispanos, una variedad de los romanos que les permitió estar, a la vez, *juntos y en el mundo*. El latín, que pronto fue "la única posibilidad lingüística de la cual habría de partir todo pensar y vivir de los españoles" y con el que pudieron hablar los españoles entre sí, representó una fabulosa potencia de universalización.

Con su método filosófico de razón histórica, ha procurado ver de España "*lo que hizo* en función de lo que en verdad *pudo hacer*". Marías ha comentado la frase de Ortega, escrita en 1921, "Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho", y la *réplica* de Claudio Sánchez-Albornoz en las Cortes Constituyentes de 1931: "Castilla hizo a España y España deshizo a Castilla". Al comienzo de la presente democracia, el *filósofo*

alción aportó otra fórmula explicada: "Castilla se dedicó no a hacer España, sino a hacerse España", siempre en vista de ella.

En este final de siglo, que asiste a la "redención de las regiones", nos vemos envueltos en discusiones bizantinas acerca de la *identidad*. Hay que afirmar ésta para ser más libres, se quiere *crear*. Sin embargo, la implicación en sentido contrario, en la que no se repara, es "la buena". Como dijo Ortega: "Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado. Lo único que hay de ser fijo y estable es la constitutiva inestabilidad".

Ante la políticamente poderosa ideología nacionalista, siempre "identitaria" (empleando la expresión del profesor Vidal-Quadras), hay quienes desde el ámbito intelectual buscan una solución de compromiso y hablan de "nación de naciones". Cuando hablas con ellos sobre el particular, se escudan desde su posición, hecha de edad, prestigio y refinamiento, para con un singular punto de orgullo y una maldisimulada confusión *eludirte*. Los primeros en rechazar este *collage* son los propios nacionalistas. Esa *nación* de todas las naciones hispánicas es tan anómala como el conjunto de todos los conjuntos, el cual se pertenece a sí mismo y por ser *extraordinario* y propiciar paradojas como la de Russell queda fuera de *liza* y en matemáticas se considera que *propiamente* no es un conjunto.

Para saberme español no necesito la palabra nación. Tampoco para reconocermelo como catalán. En un artículo publicado en 1908, Ortega afirmaba que "es preciso que nuestra *raza* (es decir, hay que matizar, "una comunidad de modulaciones espirituales"), se salve como cultura, aun cuando para ello tuviera que desaparecer como nación".

Para Marías, España más que consistir en una cultura, se trata de una realidad que acontece históricamente, en constante interacción con otras. En lugar de discutir con los *inteligentes* ya convencidos, prefiero extender aquí una propuesta del profesor de teología Manuel Olasagasti: "ejercitar a fondo la sospecha frente a toda supuesta fe y supuesta palabra". Opino como él que "estamos más necesitados de silencio que de palabras. Nuestro mundo está reclamando su complemento: una civilización del silencio, que hace tiempo piden sus profetas", y que "el misterio no induce a superstición; invita al silencio, mientras la superstición es gran habladora". Ahora bien, España, que no es un artificio superviviente, no es una superstición ni tampoco un misterio impenetrable, aunque haya quien así viva el eco de su nombre.

Mi sugerencia, nada original, es *hacer, hacer, hacer...* y dejarnos de logomaquias y monsergas. ¿Hacer qué? Pues sugerir metódicamente, en todo lo que hagamos, nuestra condición. Sugerir procede de *suggere*: meter debajo; por cierto que "hipóstasis" deriva de: *hypos e hísteme*, colocar debajo.

Creo que estaremos todos de acuerdo en que para andar por la vida hay que huir de la credulidad y desconfiar de las interpretaciones *inevitables*. Acaso solo por ese motivo podamos decir que ninguna nación merece *todo* de nosotros; como dijo Unamuno: "la verdad está por encima de los padres y por encima de la Patria". Ortega ensalzó el patriotismo intelectual, consistente en un movimiento cosmopolita de signo opuesto a todo internacionalismo, "que va del terruño hacia la más amplia unidad que no abandona a aquel, sino que lo transporta hacia una forma superior de ser hombre". Así se expresaba con unas palabras que debía pronunciar en San Sebastián: "Goethe no quiso nunca ser solo alemán y gracias a ello logró que por vez

primera, leyendo sus obras, todo el continente se hiciese profundamente alemán".

Ortega era partidario de "reconquistar la pobreza inicial" y la radical menesterosidad de que nació la filosofía, creía además que no se conoce suficientemente el secreto en que consiste el arte de los grandes creadores españoles. Pero la *manera* española es múltiple y lo *español*, un gesto peculiar de lo humano, abierto, por consiguiente, a un proceso de revitalización perpetua. Leo Steinberg, uno de los colaboradores del muy interesante libro *Otras Meninas* (Ediciones Siruela), habla del cuadro de Velázquez, como de "una completa metáfora, un espejo de la conciencia", al que accedemos "como si formáramos parte de la familia, como si participáramos del acontecimiento". Hay que saber apreciar en lo que vale esta capacidad integradora y de inclusión. Sócrates, orador ateniense del siglo V antes de Cristo, afirmó que su ciudad había conseguido que "el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de nuestra misma sangre". De forma análoga, Julián Marías —quien postula una cultura pobre, de lo esencial, templada con el tono vital de donde manó la cultura occidental y que tan grandes cosechas ha producido— ha insistido también en que "somos indios, negros o mulatos, porque indios, negros y mulatos hablan español como *lengua propia*. Y ellos son 'occidentales', porque occidental es *su* lengua —la suya y no sólo la nuestra". Hay ahí una gran herencia con la que darse un interminable festín, una grandeza comunicable que no empobrece a nadie y puede enriquecer a todos. A quienes la valoramos nos incumbe que la tome quien desee y quiera, para eso está.